

Fragmento

# El Imperio eres tú

Javier Moro

## JAVIER MORO EL IMPERIO ERES TÚ



PREMIO PLANETA 2011

AE  
& I  


PREMIO PLANETA 2011

Javier Moro



El Imperio eres tú

*Premio Planeta*

*2011*



Su vida marcó la historia de dos continentes.

## INTRODUCCIÓN

---

22 de abril de 1500

*El almirante portugués Pedro Alvares Cabral llegó a la costa americana por casualidad. Los vientos caprichosos del Atlántico le habían impedido seguir la ruta prevista, la de su antecesor Vasco de Gama, que pasaba por el cabo de Buena Esperanza para acabar en la India. La travesía de Cabral había sido dramática porque, a la altura de África, uno de los barcos de su flota desapareció en el mar con ciento cincuenta marineros a bordo de los que nunca se encontró el rastro. Lo realmente inquietante de aquel accidente fue que el buque se había hundido sin motivo aparente, ni siquiera lo había hecho como consecuencia de un temporal. Luego, buscando vientos propicios para poner rumbo al cabo de Buena Esperanza, Cabral derivó hacia el oeste. Pronto sus marineros encontraron masas de algas largas y enrevesadas en la superficie del mar y vieron volar unos pájaros panzudos. Esa misma tarde, avistaron tierra. Fondeados en una espléndida bahía tropical, Cabral envió a uno de sus oficiales a explorar la playa y el río. Nada más pisar la arena, el portugués se encontró con un grupo de indios tupí, que le miraban con asombro y cierto recelo. Desde la distancia, el oficial intentó hablar con ellos, pero el sonido de las olas silenciaba su voz. Entonces se le ocurrió la idea de lanzarles una gorra roja, luego les tiró un gorro de hilo que llevaba puesto, y después un sombrero negro. Pasaron unos segundos eternos antes de que los indios reaccionasen. Unos segundos de expectación máxima previos al momento en que no sólo dos grupos de hombres, sino dos pueblos, dos continentes, iban a encontrarse, ocho años después de la llegada de los españoles a América. De pronto, uno de los indígenas lanzó al lugar donde estaba el oficial un collar de plumas de tucán rojas y naranjas.*

Otro salió de la espesura vegetal ofreciendo una rama cubierta de abalorios blancos que parecían perlas. El oficial estaba extasiado ante el aspecto de aquellos indígenas: iban semidesnudos, sus cuerpos estaban pintarrajeados con tintes de color rojo y negro, la cabeza tocada de penachos de plumas multicolores y el pelo cortado a la misma altura que el flequillo, encima de las orejas. Las mujeres le fascinaban, aunque también le violentaba el espectáculo abierto que ofrecían «sus partes genitales».

Al anochecer, Cabral recibió a dos indígenas en el castillo de popa de su barco. La luz de unas antorchas realzaba su collar dorado, la elegancia de su uniforme y su prestancia. Sentado en un ancho e imponente sillón con una alfombra a sus pies, se llevó un chasco al comprobar que los indios no le prestaron la más mínima atención. Obviamente no tenían jefe, ni siquiera una jerarquía. Los marineros les mostraron una cabra, pero los indios permanecieron indiferentes. Luego les trajeron una gallina que les dio tanto miedo que no quisieron cogerla con sus manos. Les ofrecieron pan, pescado hervido, dulces, miel, higos secos..., pero no probaron bocado, y cuando lo hicieron lo escupieron.

En última instancia, lo único que impresionó a los indios fueron los objetos de oro y plata que vieron en el barco. A la mañana siguiente, indicaron con el brazo hacia tierra para decir que también allí había oro y plata. Ese mensaje no cayó en saco roto. Inmediatamente, Cabral decidió dejar en tierra a dos presidiarios que llevaba en el barco y que habían sido condenados a muerte en Lisboa, para que aprendiesen el idioma y las costumbres de los nativos. Fue un momento trágico en la historia del descubrimiento porque ni los indios querían a esos dos intrusos, ni los presidiarios deseaban quedarse allí, a merced de lo desconocido. Cabral, sin embargo, fue implacable. La flota a su mando zarpó hacia la India, y dejó a aquellos dos infelices llorando en la playa. De esa manera el almirante tomaba posesión de esa tierra para Portugal, y quedaba plantado el germen de un nuevo país continente. En realidad, el primer descubridor había sido el español Vicente Yáñez Pinzón, quien mes y medio antes de la llegada de Cabral fue el primer europeo en llegar a la costa de Pernambuco y en explorar la desembocadura del Amazonas. Sin embargo, en virtud del tratado de Tordesillas de 1494 que repartía aquel territorio entre España y Portugal, a Pinzón no le correspondía reclamarlo para la corona español-

*la. El nombre de Brasil llegaría más tarde, en el siglo XVI, cuando los primeros colonos empezaron a exportar un árbol que usaban los indígenas para extraer sus tintes y pintarse de aquella manera que tanto fascinó al oficial portugués, y que llamaron pau-brasil, por desprender un color rojizo al hervirse en el agua, lo que sugería las llamas de un fuego o las brasas del carbón ardiendo. De Terra do pau-brasil acabaría abreviándose a Brasil.*

## PRIMERA PARTE

---

Quienes cruzan el mar cambian de cielo,  
pero no de alma.

HORACIO

*Río de Janeiro, 1816*

Pedro de Braganza y Borbón acababa de cumplir dieciocho años y estaba enamorado. Era un chico delgado y fibroso, con grandes ojos negros y brillantes y mirada lánguida. Bucles de pelo castaño enmarcaban su rostro de piel bronceada por la vida al aire libre, iluminado por una sonrisa siempre alegre. Era un adolescente impulsivo, muy activo y bien dotado para el ejercicio físico. Sin ser muy corpulento, daba la impresión de ser más alto de lo que en realidad era. En aquella corte ceremoniosa y feudal de Brasil se le consideraba un príncipe excéntrico: se bañaba desnudo en la playa, se hacía amigo de los carpinteros del taller del palacio y le gustaba trabajar con las manos, a pesar de que los trabajos manuales eran considerados cosa de esclavos. Sabía lazar los potros con ayuda de los peones y herrar los caballos mejor que un profesional. Le gustaba ir de caza con su hermano Miguel, cuatro años menor que él, a disparar a los caimanes que se arriesgaban a dormir la siesta en el brazo de un río, o a perseguir a jaguares y ciervos hasta la selva virgen que se extendía, densa y opaca, por los alrededores de Río de Janeiro. Miguel era más bajo y fornido, y sus ojos eran un poco saltones. A primera vista, nadie diría que eran hermanos.

Los cortesanos, que siempre habían sido el blanco preferido de sus gamberradas, no ahorran adjetivos para describirlos: tunantes, vagos, granujas, pícaros, pillos, etc. En una ocasión, el almirante de la escuadra británica les regaló dos cañones de bronce fundido en miniatura montados en sus cu-



reñas. Los chicos esperaban horas en su cuarto y disparaban a las piernas de los que pasaban por el pasillo del palacio. Más de un cortesano acabó con quemaduras en las pantorrillas. Ni los criados ni sus propios padres consiguieron saber nunca cómo se procuraban la pólvora. A diferencia de Pedro, que daba la cara, Miguel era huidizo y mentiroso. Siempre que podía se escudaba en su hermano mayor, por quien sentía una mezcla de admiración y envidia. Además de ser el mayor, todo le salía bien. Sin esperanza de subir un día al trono por tener una posición muy inferior a la de Pedro en la línea de sucesión, nada reprimía sus impulsos maliciosos: adiestraba perros para que atacasen a los visitantes y era rencoroso, soberbio y tiránico con el servicio.

Les gustaban los juegos violentos, les excitaba sentir el aguijón del peligro, y eso les duró toda la vida. Cuando eran adolescentes, las carreras de carruajes que hacían en las nuevas calzadas del reino eran el terror del vecindario. Corrían alocadamente, a riesgo de perder el equilibrio y salir despedidos, e incluso llegaban a chocar sus ruedas para hacer descarrilar al otro, atizando a los caballos sin importarles a quiénes atropellaban ni los puestos de venta de fruta que aplastaban ni la gente que ensuciaban con el barro que salpicaban ni la extenuación de sus caballos cubiertos de sudor. Salieron milagrosamente ilesos de varios accidentes. Una vez pasado el susto, volvían a empezar porque necesitaban la emoción del riesgo como aire para respirar. Invariablemente ganaba Pedro, lo que provocaba la rabia de Miguel.

—Es normal que gane yo —le decía para consolarle—. Tú eres más pequeño. Espera un poco y verás cómo me acabas ganando.

Pero Miguel odiaba que se lo recordasen. Ganar a Pedro era su deseo más ferviente, que luego de adulto se transformaría en una obsesión.

Siendo niños, en cuanto podían sustraerse a la vigilancia de los preceptores y criados, ambos se perdían en el inmenso parque que rodeaba el palacio de San Cristóbal, sede de la monarquía portuguesa trasladada a Brasil, situado a cinco kilómetros del centro de Río de Janeiro. Jugaban al escondite,

trepaban a las palmeras y cogían cocos frescos que luego abrían de una pedrada para sorber la leche. A veces se cruzaban con algún cazador que traía una onza viva o monos con pelajes sorprendentes y ojos desorbitados e iban a admirarlos a través de los barrotes de una jaula. Pero lo que más les gustaba era jugar a la guerra, sin sospechar que algún día tendrían que librarse una de verdad. En la selva circundante, cada uno dirigía su propio ejército de niños esclavos. Se enfrentaban en cruentas batallas y se atacaban con cuchillos, palos, piedras, tirachinas y frondas. La saña que desplegaron en los combates era espeluznante para la edad de los combatientes, y el número de heridos, altísimo. Después de un cuerpo a cuerpo feroz, numerosos muchachos acababan con la cabeza descalabrada, chorreando sangre brillante sobre su piel negra, y otros con brazos fracturados o cortes en el abdomen. Algunos perdían el conocimiento por contusiones en la cabeza, mientras que Pedro y Miguel, tomándose por generales, repartían órdenes, distribuían las tropas, arengaban a sus soldaditos y les espoleaban si les veían acobardarse. Y siempre ganaban los ejércitos de Pedro, para gran desaliento del pequeño Miguel, que no dudaba en castigar con dureza a sus soldados-esclavos, a quienes achacaba siempre la causa de la derrota. Aquel juego cruel acabó el día en que Miguel, usando un mosquete, dejó malherido a uno de los soldaditos esclavos. Entonces intervinieron los preceptores reales y dieron orden de disolver aquellas huestes infantiles.

Ambos hermanos habían crecido un poco a la buena de Dios, producto de un entorno familiar donde casi nadie daba importancia al saber y a la cultura, en un ambiente donde se consideraba lo más natural del mundo que el hijo de un europeo o criollo tuviese su propia esclava para su disfrute sexual, donde lo que se valoraba era que los jóvenes anduviesen pronto con mujeres, que fuesen conquistadores, desfloradores de mocitas y que utilizasen gestos y palabras obscenas para no ser tildados de afeminados. Eso era válido en todo el espectro social, de la plebe a la corte.

Antes de llegar a Brasil, cuando aún vivían en el palacio donde nacieron, allá en Queluz cerca de Lisboa, las criadas

brasileñas, con su piel canela y su desparpajo, habían contribuido eficazmente al despertar de sus sentidos. De la sexualidad precoz de Pedro habían sido víctimas las doncellas que de niño le lavaban la ropa, le vestían y le acicalaban los días de gala. Rosa, la enana brasileña que se había convertido en mascota de su abuela la reina María, se dejaba manosear entre los muslos cuando no había nadie alrededor.

Aunque de pequeños hacían todo lo posible para huir de las restricciones que les imponía su condición de príncipes, Pedro y su hermano Miguel no tenían más remedio que asistir a las ceremonias oficiales. Ambos se aburrían, aunque Pedro las soportaba mejor. De niño hacía como su padre, extendía la mano para recibir los besos reverenciales de los adultos, pero pobre del chiquillo que se le acercaba porque entonces la levantaba bruscamente y le daba un fuerte manotazo en la barbilla. Y contenía la carcajada mientras los padres se llevaban a su estupefacto retoño para evitar un escándalo.

Le llamaban don Pedro desde que tenía uso de razón. Al principio, su destino no era ser el primero en la línea de sucesión, porque no era el primogénito. Eso es algo que le correspondía a su hermano mayor, que se llamaba Antonio. Hasta que un día, siendo muy niño, Pedro sintió un gran revuelo a su alrededor; vio a su madre llorar y a su padre invocar, con el puño alzado al cielo, la maldición de los Braganza, una leyenda nacida siglos atrás después de que un rey de Portugal agrediese a patadas a un monje franciscano que le pedía limosna. El fraile, en represalia, juró que jamás un primogénito varón de los Braganza viviría lo bastante para llegar al trono. Y aquella maldición se repetía, generación tras generación, con una precisión escalofriante. A través de un ventanal del palacio de Queluz, el pequeño Pedro vio alejarse un cortejo de gente vestida de negro por una alameda bordeada de cipreses, encabezado por un grupo de cortesanos que llevaba a hombros un pequeño féretro blanco. Le dijeron que en esa caja iba su hermano mayor derecho al cielo. Había muerto de fiebres a los seis años de edad. Dentro del palacio sólo se oía el alarido desesperado de su abuela, la reina María, que ya estaba senil. Más tarde, cuando regresaron los integrantes del cortejo y el

ambiente se hubo serenado, unos potentes brazos le levantaron del suelo. Era su nodriza, que llevaba la cabeza cubierta con una mantilla negra y tenía los ojos enrojecidos; le miró fijamente a la cara, tan parecida a la de su hermano muerto, y le dijo: «Pedro, ahora tú, un día, serás rey.»

Entonces su vida cambió. Hasta ese momento, su padre no se había preocupado de dar a su hijo más formación que la que él había recibido como segundo en la línea de sucesión. Es decir, bien poca. ¿Para qué instilar nociones de historia, geografía o el arte de gobernar a un niño si en principio no estaba destinado a reinar? Ése era el razonamiento de la época.

Treinta años antes, tampoco don Juan había recibido una educación esmerada porque quien estaba destinado a reinar era su hermano mayor, José, un joven apuesto, inteligente, de carácter decidido e independiente que no pudo escapar a la maldición y murió a los veinticinco años de edad. De pronto, don Juan y su mujer Carlota Joaquina se vieron catapultados a un lugar de preeminencia, el de príncipes y futuros herederos del trono. Ella estaba feliz porque era ambiciosa, pero él se sentía desdichado. Más tarde, don Juan, o Juan el Clemente, como le llamaban sus vasallos, asumió la regencia cuando la reina María fue declarada incapaz de gobernar debido a su enajenación mental, pero lo hizo a regañadientes. Le daba pánico enfrentarse a responsabilidades para las que nunca se había sentido preparado y que nunca había deseado. Era un hombre indeciso, tímido, indolente, miedoso, chapado a la antigua. Nunca había mostrado interés especial ni por las letras ni por las ciencias ni por la forma de gobernar. De hecho, siempre redactó mal, con errores de ortografía y sintaxis. Toda su vida había vivido en compañía de frailes y, en el fondo, él se sentía también un poco monje. Aficionado a la música sacra, su mayor vicio era la glotonería, y si de joven le gustaba cazar, era sólo porque le permitía hartarse de carne de venado.

Al morir su hijo primogénito, don Juan quiso recuperar el tiempo perdido con Pedro y le designó un tutor que tuvo muchas dificultades para mantener la atención del niño, nada acostumbrado a estudiar. Una vez llegados a Brasil, siguió cui-

dando de que su hijo tuviera buenos maestros, hombres como fray Antonio de Arrábida, confesor y preceptor de religión, un hombre culto y piadoso, que supo inculcar en Pedro cierto respeto por el conocimiento humanista. O João Rademaker, un diplomático de origen holandés que hablaba casi todos los idiomas europeos y que le enseñó rudimentos de matemáticas, lógica, historia, geografía y economía política. Pero ninguno de los dos tuvo un ascendiente real sobre su espíritu indómito, ninguno le dejó su impronta. ¿Cómo hubiera sido posible, si nunca le exigieron más de dos horas de estudio formal al día? El esfuerzo de concentrarse le dejaba mentalmente agotado. Cuando se aburría con una lección, simplemente dejaba plantado al tutor y se largaba. Se iba a las cuadras reales a domar a sus potros y hacía restallar su grueso látigo de carretero mientras repartía órdenes entre los esclavos. El trato con la gente común le permitió muy pronto superar la conciencia de ser alguien excepcional. Comunicativo, curioso, alerta, nervioso, le gustaba reírse de los chistes verdes que le contaban en las cuadras, calles y plazas, ir de tabernas apenas frecuentadas por los europeos, y hacerlo disfrazado con una capa y un sombrero de ala ancha, haciéndose pasar por *paulista* para beber, jugar, cantar, puntear el *berimbau* o tocar la *marimba*. En los tugurios se divertía bailando el *lundu* angoleño, precursor impúdico de la samba que la Iglesia había prohibido porque empezaba por una «invitación al baile» en la que el hombre y la mujer se frotaban los ombligos. O corría a zambullirse desnudo en la playa. Cuando un día fue descubierto por un grupo de señoras de la corte, soltó una sonora carcajada, pero no corrió a taparse, sino que se plantó ante ellas, provocador, mostrando sus partes con insolencia y orgullo.

Su padre le reprendía poco, de manera que nunca permitió que su hijo se disciplinase. No lo hizo sólo por ser blando, o porque siempre estuviera demasiado concentrado en los asuntos de Estado como para ocuparse de su familia, sino porque sabía que Pedro, a pesar de lo revoltoso y sano que parecía, era víctima de un mal que había heredado del linaje de su madre, del lado español. Sólo se había manifestado una vez, y

de forma suave, después de que su padre le hubiera reprendido por haberse portado mal en misa. El niño se quedó unos segundos con los ojos en blanco, presa de convulsiones, y un hilo de saliva corría por la comisura de los labios. Don Juan no necesitó hablar con médico alguno para adivinar la naturaleza de aquel mal. La epilepsia era una vieja conocida de la familia. El ataque había sido muy leve, pero todos sabían que esa enfermedad no tenía cura, y que volvería a manifestarse, tarde o temprano. Don Juan pensaba que no convenía contradecir al chico, enfrentarse a él o ponerle nervioso. Le habían contado que a Napoleón, de niño, evitaban castigarlo después de que una vez fuese obligado a comer de rodillas, lo que le había provocado un ataque epiléptico. El entorno de don Pedro sabía que no era grave y que se podía convivir con la enfermedad. ¿No decían que Sócrates también era epiléptico? ¿Que Napoleón padecía ataques los días de gran tensión? El caso es que, por este motivo, Pedro disfrutó de una libertad inusitada.

De su padre, Pedro había heredado una inteligencia sutil, una bondad natural, un cierto sentido de la supervivencia, la cicatería con el dinero y la afición por la música. Tocaba el clarinete, la flauta, el clavicordio y algo de violín. De su madre, la española Carlota Joaquina, hija de Carlos IV, heredó la pasión por los caballos, un fuerte espíritu de independencia, la sangre caliente y un insaciable apetito por los devaneos amorosos: desde criadas negras hasta hijas de altos funcionarios de la corte, todas estaban expuestas a su audacia cuando regresaba de sus cacerías y huroneaba en las habitaciones del servicio. Aunque últimamente las dejaba en paz, pues le daba por irse a la ciudad a ver a la muchacha que le quitaba el sueño. Nunca imaginó que su corazón daría semejante vuelco cuando vio por primera vez a esa bailarina francesa ejecutarse con tanta gracia en el Teatro Real de Río de Janeiro. A pesar de su corta edad, se creía fogueado en cuestiones de mujeres, pero nunca hasta entonces había sufrido la dentellada del amor.